

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

JORNADA DE LA FAMILIA 2011

Fiesta de la Sagrada Familia

30 de diciembre de 2011

Jesús nació en medio de la noche y se dio a conocer; por diversas vías fue manifestado: primero a los pastores de las cercanías del establo, y más tarde a los magos venidos de Oriente. El Evangelio que hemos escuchado nos habla de otro encuentro: dos ancianos, Simeón y Ana, cargados de años, de experiencias y de esperanza, reconocen en el Niño, llevado en brazos de María para presentarlo al Señor según su ley, al Salvador prometido por Dios. El Verbo eterno de Dios se hizo hombre, habitó entre nosotros y hemos visto su gloria (cf. Jn 1,1.14). *«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida, os lo anunciamos»* (1Jn 1,1-2).

Simeón y Ana eran dos personas ancianas, justas y venerables, que ajustaban su vida a la voluntad de Dios; habían mantenido la esperanza a lo largo de la vida en los días luminosos, en los días oscuros, y en los días grises y sin relieve. No esperaron en vano, porque Dios colmó su esperanza; la esperanza en Dios no defrauda. En el Niño que llevaban sus padres al templo, reconocieron el sentido de su vida larga y expectante. Recibieron al Salvador, bendijeron a Dios y hablaron del Niño a cuantos aguardaban la liberación de Israel (cf. Lc 2,38). José y María, podemos decir, van iniciando a Jesús en la vida religiosa del pueblo de Dios. Más tarde, a los doce años, Jesús los acompañará a la peregrinación al templo de Jerusalén para la fiesta de la Pascua. *«Cuando cumplieron lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron*

inhóspitas que son como un espejo en que se refleja tanto el apoyo valioso prestado por la familia como su ausencia, que en ocasiones se asemeja incluso a su misma inexistencia. ¿Por qué no agradecemos más el don de la familia? ¿Por qué no la defendemos con mayor determinación? ¿Por qué no exigimos que sea debidamente tenida en cuenta?

El gran vigía de la humanidad en la hora presente de su historia, que viene ejerciendo un liderazgo extraordinario en la orientación sobre las grandes cuestiones, que es Benedicto XVI, con su luminoso magisterio en el que se funden sabiamente la razón y la fe, nos ha advertido hace poco de algo que debemos reflexionar: *«En nuestro tiempo, como ya sucedió en épocas pasadas, el eclipse de Dios, la difusión de ideologías contrarias a la familia y la degradación de la ética sexual están vinculados entre sí»* (Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia, 1-12-2011). Si el hombre prescinde de Dios en su vida personal y colectiva, convirtiéndose a sí mismo en origen y norma de todo, se produce una especie de apagón general, cuya oscuridad no se supera aunque se enciendan mil lucecitas por acá y por allá. Jesús es la luz del mundo; lejos de Él, caminamos en tinieblas y vamos a tientas por la vida.

El nacimiento de Jesús en Belén es el "sí" de Dios a la humanidad; Dios Padre nos ha enviado a su Hijo por amor. Tan importante es el hombre que el Hijo de Dios se ha hecho uno de nosotros, compartiendo el nacer, el vivir y el morir. La acogida del hombre por Dios al encarnarse su Hijo nos manifiesta que Dios se ha comprometido con nosotros, que acompaña a la humanidad siempre, también en nuestra generación, con sus logros y sus incertidumbres, con sus fracasos e inquietudes. Dios nos dice a cada uno de nosotros: "Tú eres mi hijo, es bueno que tú existas". Con la confianza que Dios nos otorga, tenemos siempre razones para agradecer la vida, para custodiarla, para querernos bien y para tener la seguridad de que el bien y el amor triunfarán también sobre nuestras debilidades. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para que podamos ser hijos de Dios y ciudadanos del cielo.

Las fiestas de Navidad son eminentemente familiares, de gozo y de paz, de deseos de felicidad. Pues bien, el matrimonio y la familia son los ámbitos en los que las alegrías son más intensas; y, al contrario, donde las rupturas traen consigo mayores sufrimientos y consecuencias más graves y determinantes para el futuro de las personas y de la sociedad.